

País de Destino

LAURA GIRÓN



País de Destino

LAURA GIRÓN LARA



Bilología Viájame



No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su almacenamiento en un sistema informático, ni su transmisión por cualquier procedimiento o medio, ya sea electrónico, mecánico, por fotocopia, por registro o por otros medios, sin permiso previo y por escrito de los titulares del copyright.

“Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra”.

© Del texto: Laura Girón Lara

© De la ilustración de portada: José Silvestre Sevino

© Foto solapa autora: Pablo Sánchez del Valle

Revisión del texto: Cristina Lliso Blesa

© De esta edición: Editorial Sargantana

Email: info@editorialsargantana.com

www.editorialsargantana.com

Los papeles que usamos son ecológicos, libres de cloro y proceden de bosques gestionados de manera eficiente

Primera edición: Enero 2017

Segunda edición: Abril 2017

Impreso en España

ISBN: 978-84-16900-48-0

Dépósito legal: V-0046-2017



*“¿No lo ves?
La felicidad también es un lugar.
Somos nosotros”
Marwan*

Índice

1. - ABSURDO
2. - ME ECHO DE MENOS
3. - CERRANDO CÍRCULOS
- 4 - REUBICACIONES
- 5 - EL PERCANCE
- 6 - "ESTO FUNCIONA ASÍ, HELENA"
- 7 - OJALÁ LA VIDA DE VEZ EN CUANDO FUERA SUEÑO
- 8 - (MALDITAS) CASUALIDADES
- 9 - "PUEDES BORRAR A UNA PERSONA DE TU MENTE.SACARLA DE TU CORAZÓN ES OTRA HISTORIA"
- 10 - HACER NADA
- 11 - "LA CHICA DE AYER"
- 12 - "PERDÓN PORQUE NO SUPE DECÍRTELO"
- 13 - POR SUPUESTO QUE NO
- 14 - TODO EMPIEZA A ENCAJAR
- 15 - RAÚL, ¿POR SUERTE?, NO ES COMO ÉL
- 16 - VIDA PROFESIONAL: (check)
- 17 - LA PRIMERA NOCHE VERSUS LA ÚLTIMA NOCHE
- 18 - SENTIR
- 19 - LA PIEL NO OLVIDA
- 20 - LAS VERDADES DUELEN, Y A LA CARA MÁS
- 21 - QUÉDATE A VIVIR EN LA NUB
- 22 - FERNWEH
- 23 - UN DESEO
- 24 - LA CASUALIDAD ATACA DE NUEVO
- 25 - EXTRAÑA FIDELIDAD

26 - AL FIN DEL MUNDO PARA PENSAR

27 - UNO DE AGOSTO

28 - DE VUELTA

29 - TREINTA Y UNO DE AGOSTO

30 - ¿CUÁNTO VALE LA PENA?

31 - JODIDAMENTE LOCOS

32 - EPÍLOGO

33 - ALEJANDRO

1. ABSURDO

Tras la primera y extraña semana de vuelta al trabajo, donde mi mente estaba más con él que conmigo, todo volvió a una cierta normalidad. Llegaba puntual diariamente a la oficina, no porque me lo propusiera, sino porque no conseguía dormir bien y madrugar no me suponía problema alguno. Luego me hundí entre montañas de papeleo atrasado y me dediqué a contestar los emails recibidos en las vacaciones consiguiendo más o menos mantener la cabeza ocupada.

Durante el primer mes respiraba hondo antes de entrar en el edificio de oficinas donde se encuentra la empresa en la cual trabajo, Westermann Company, y antes de cruzar la puerta giratoria, me proponía y exigía que esa jornada pensaría en él lo menos posible o siendo muy optimista, a poder ser, nada. Cada día hacía de tripas corazón y me sumergía de nuevo en mi antigua vida, volvía a la que había sido mi rutina durante años, pero el problema radicaba en que yo ya no era la misma, era una persona totalmente distinta de la que salió por esa misma puerta hacía un mes, el uno de agosto. Una persona diferente solo por un simple hecho, lo conocí, y algo así solo era comparable al paso de un huracán, un tsunami por mi vida arrasándolo todo dejándome tan solo a salvo lo físico, un cuerpo que básicamente se sostenía en pie, una simple cáscara y mi mente era similar a una zona cero.

Recuerdo que pasaron unas dos semanas antes de que reuniera el valor y cogiera el calendario que descansaba sobre mi impoluta mesa blanca del trabajo, y empezara a pa-

sar lentamente cada una de las cuarenta y cinco hojas ilustradas con viñetas de Mafalda. Treinta y una hojas del mes de agosto con las que fui recordando cada uno de los días que había pasado con él: el cumpleaños de Ana, sus ojos, la cafetería del Chico Ostra, el primer beso, el paseo por la montaña, su tatuaje, los cristales de su ventanal, su ducha, sus sábanas, mis gemidos, Cadaqués, lo que no se ve, la escalera de su edificio, mi bañera, sus gruñidos, mis sábanas, el mar, la melodía de una canción lenta, mis lágrimas y su adiós. Luego empecé con los quince días que llevaba sin verlo, sin tocarle, sin escuchar su voz, de puertas de metro que se cierran automáticamente cerca de la última posibilidad de verlo, de escribir miles de mensajes y borrar sin enviarlos, de lágrimas bajo las sábanas, más días de los debidos en ayunas y más de diez sin saber absolutamente nada él. Llegué al quince de septiembre y una Mafalda despeinada de pie sobre su cama me miraba y me decía, "Cuesta juntar ánimos para bajar al mundo", la hija de Quino me entendía, nos encontrábamos en el mismo punto de nuestra existencia. Eso me hizo sentir mejor, no estaba sola, como suele decir mi madre "mal de muchos, consuelo de tontos". Mafalda se sentía igual de cansada del mundo que yo en aquella odiosa mañana de septiembre, en la que aún hacía en la calle un calor sofocante, pero de algún modo en el ambiente ya se notaba que el verano ya había terminado.

Durante los primeros días los compañeros se acercaban a saludarme con su correctísima educación alemana, yo les correspondía cordialmente y con una sonrisa que parecía

que alguien había mal pegado en mi cara. Intentaba acortar, con la excusa de la cantidad de trabajo atrasado, cada una de las conversaciones que contuviera la palabra, "vacaciones". Porque sí, porque yo no quería hablar de agosto, yo no quería recordar ni uno de los treinta y un días que lo componen, yo no quería pensar en él, no quería ser tan consciente de que ya no estaba. Yo sólo deseaba enterrarme entre todos los papeles, emails y trabajo, con suerte ahogarme y dejar de respirar bajo ellos. Necesitaba desaparecer un poquito de aquella realidad que odiaba.

Reconozco que los siguientes tres meses me limité a hacer lo mínimo para sobrevivir en el mundo: respirar, comer, dormir y trabajar. A ojos ajenos podía parecer que sufría una depresión post-vacacional, pero los que realmente me conocían sabían que lo que tenía era una depresión post-él.

Pablo y Ana intentaron animarme, al principio tuvieron el detalle de dejarme espacio y no me agobiaron en exceso, pero más de una vez me tocó convencerles y jurarles por activa y por pasiva de que estaba bien, que sólo necesitaba estar sola, que simplemente aún no estaba preparada y suficientemente fuerte para hablar del tema. Tuve que convencerles de que no se preocupasen, de que no tenía intención alguna de tirarme por la ventana o cortarme las venas mientras escuchaba a Alex Ubago.

Creo que fue a finales de septiembre cuando Pablo decidió que ya era suficiente, que estaba harto de verme deambular por el piso con cara de acelga, y que había llegado la hora de hacer una terapia de choque para la superación del desamor. Según él, ésta consistía en salir a cenar todos los

jueves, escuchar música todas las mañanas para despertarnos y empezar con ánimo un nuevo día lleno de oportunidades (palabras textuales de Pablo ante mi atónita mirada).

Y pese a mi reticencia y mis ganas bajo cero, lo que restó de septiembre abrí los ojos acompañada de la voz de Tonino Carotone y su canción "Me cago en el amor", Pablo decidió empezar fuerte la terapia de choque. En octubre, rescató un *hit* de finales de los noventa, "La última carta" de los Cucas, y en noviembre disfrutamos de "Tengo el corazón contento" interpretada por Marisol. No sé si admitir que su terapia funcionó algo, pero reconozco que al menos lo de que empezara el día con una sonrisa lo consiguió, aunque solo fuera por el empeño que ponían ambos, Ana bailando y Pablo siendo constante con sus "canciones de choque" todas las mañanas a la misma hora, eso sí, sólo de lunes a viernes, los sábados y domingos no se oía ni una nota musical, ni ningún indicio de vida humana en el piso hasta pasadas las doce del mediodía.

La tradición de salir a cenar los jueves no duró más de un mes y pico, luego la rutina, nuestros trabajos, el máster de Ana, etc., hizo que fuéramos aplazando cenas hasta olvidarnos de la efímera tradición. Al finalizar las pocas veces que conseguimos quedar, como postre, Pablo nos obligaba a bebernos un chupito o dos de tequila, según él, era bueno para curar las heridas abiertas, "cuando escuece cura", se empeñaba en recodarme siempre que intentaba escurrir el bulto y no bebérmelo.

A día de hoy no sabría decir si todo aquello que montaron Pablo y Ana ayudó a que no pensara tanto en Alejandro,

pero sí que reconozco que me gustaba pasar tiempo con ellos, y eso me hacía sentir mucho mejor.

Y así, entre viñetas de Mafalda de un calendario de sobremesa, canciones y chupitos de tequila, llegó diciembre, y de pronto habían pasado tres meses desde que Alejandro se había marchado, noventa y un días sin él, dos mil ciento ochenta y cuatro horas que yo sentía que se habían desperdiciado porque no habíamos podido pasarlas juntos.

Yo era totalmente consciente de que estaba volviendo a ser la que era antes de conocerle, una Helena más gris, y él... supongo que allá donde se encontrara, sería un alma libre sin problemas ni ataduras mientras descubría países, sabores y paraísos que fotografiar. Solía pensar que luego, unos años después, le enseñaría a alguna chica nuevas fotografías expuestas en la pared de alguna cafetería de la ciudad.

Bueno, la cuestión era que en ese momento, con más perspectiva y con una herida que dolía pero ya no sangraba, empecé a entender muchas cosas, por ejemplo, que despedirse de alguien te da dos salidas: dejarte destrozado o puede darse el caso de que empieces a reencontrarte contigo mismo de nuevo. Haciendo memoria con la ruptura de Samuel me quedé sumida en un coma emocional y hecha un verdadero trapo, pero con la marcha de Alejandro fue diferente, sentía que no podía ni debía hundirme, que tenía que recuperar como fuera el control de mi vida y no perder el tiempo pensándole. No quería olvidarle, tampoco podría haberlo ni intentado en aquel momento, pero algo dentro de mí me gritaba que necesitaba recuperar a la He-

lena que era cuando estaba con él, la que él descubrió y tanto me gustó. La quería por y para mí porque la echaba de menos, me echaba mucho de menos.

No dudaba ni por un segundo que quería que él volviese y me dijera todo lo que calló, pensó y no pronunció, pero ante todo quería y necesitaba volver a ser yo.

Creo que no me equivoco cuando pienso que nunca tuve elección para poder cambiar cómo sucedieron las cosas entre nosotros, ni al principio y mucho menos al final. Alejandro nunca me pidió opinión de cómo iba a hacer que sucedieran las cosas, y yo tampoco tuve la intención de dársela, siempre fue sincero, quizás no tan transparente como presumía, pero es cierto que nunca me mintió ni me dio falsas esperanzas.

Justo un par de días antes de que finalizara el año llegué a la conclusión de que pensar en él era absurdo, y según el diccionario de la RAE que descansa sobre el escritorio del despacho de mi padre, la palabra absurdo viene del latín *absurdus*, que significa, "Contrario y opuesto a la razón, que no tiene sentido". Y así era exactamente cómo me parecía todo aquello, una sinrazón seguir pensando en alguien que hacía casi cien días que no estaba y separados por miles de kilómetros. Pero sobre todo era absurdo pensar en una persona que no estaba conmigo, por la más simple de las razones universales, que no quería estar. Él no estaba conmigo porque no me quería, nunca me quiso ni pensó en hacerlo, así de sencillo, sin dobleces, curiosamente como él insistía que le gustaban las cosas.

Aunque pueda parecer un sinsentido, llevando la vista atrás me sentía muy tranquila con mi comportamiento en todo momento, desde que lo conocí el día uno hasta que se fue el día treinta y uno. No me arrepiento de nada de lo que dije o hice. Reconocí en él lo que quería para mí, lo que creía que me merecía, salté sin red y lo cogí, lo agarré todo lo fuerte que pude, pero no pude evitar que se me acabara escapando.

Aún repasaba cada una de las cosas que nos dijimos el último día que lo vi, cuando me dijo que se marchaba porque no quería sentirse de aquella manera... no quería quererme. Si cerraba los ojos aún podía ver su mirada frustrada, podía sentir la fuerza de sus brazos alrededor de mi cuerpo, la sensación de sus labios sobre los míos y el sabor de su saliva mezclada con el salado de mis lágrimas. Me marché y cerré la puerta de su casa sin mirar atrás, no soportaba que la última imagen de él fuera un Alejandro derrotado por las emociones y la realidad, así que me alejé de su casa en una especie de estado de *shock*. Lo había perdido, lo quería, lo amaba y simplemente desaparecía de mi vida.

Me imaginaba que él, en aquel momento ya finalizando el año, estaría en algún lugar de Asia y seguramente sería más feliz que lo fue estando conmigo. Yo, estaba sin él, quizás algo mejor que tres meses atrás, pero sin él al fin y al cabo. Y es cierto que yo ya no estaba encerrada en mi dolor, pero aún me sentía una especie de víctima colateral de su deseo de volver a viajar. Me dedicaba a luchar por salir adelante y aprender a vivir sin su presencia, sin el tacto de

su piel y sin escuchar su voz, tarea nada fácil de llevar a cabo. Incontables veces busqué su contacto en el móvil y me quedaba mirando el botón de "Eliminar contacto" deseando que fuera algo mágico, como si al presionarlo lograra borrarlo, pero no sólo del móvil, sino también de mi cabeza. Pero tres meses después aún no había sido lo suficientemente valiente como para eliminar su maldito contacto, porque yo no era capaz de borrarlo de mi vida, ni tan siquiera de mi agenda de contactos.